

ños. Hasta entonces la obscuridad y el extremo silencio habían sido los dos pilares sobre los que su sueño reposara. Nadie podía aproximarse á su cama; y, en cuanto á la luz, un solo rayo de luna que hasta él llegase le trastornaba. De hecho, las ventanas de su dormitorio estaban cerradas noche y día; pero ahora la obscuridad era para él un terror y el silencio una opresión. Añadió, pues, á su lámpara un péndulo de repetición, que hizo colocar en su cámara. Al principio el ruido era muy fuerte; pero se supo arreglar el martillo, y desde entonces los *tíc tac* se le hicieron más familiares.

VII

IDIOTEZ DEFINITIVA

Hacia este tiempo, en la Primavera de 1803, su apetito comenzó á disminuir, lo que me pareció mala señal. Ciertas personas pretenden que Kant tenía costumbre de comer con exceso. Empero yo no puedo suscribir á esta opinión, porque no comía sino una vez diaria y no bebía cerveza. Hasta era enemigo muy determinado de esta bebida (me refiero á la cerveza negra fuerte). Si un hombre moría de muerte precoz, Kant decía: «Probablemente debía beber cerveza», ó si otro estaba indispuerto podía esperarse lo que preguntaba: «¿Pero bebe cerveza?» Y según la contestación, formulaba su pronóstico del enfermo. No cesaba, en suma, de mantener que la cerveza era un veneno lento. Sabido es que Voltaire respondió á un joven médico que acusaba al

café de ser también un veneno lento: «Tenéis razón, amigo mío, lento, horriblemente lento, porque hace sesenta años que lo bebo y aún no me ha matado.» Mas esta respuesta no la hubiera admitido Kant para la cerveza.

El 22 de Abril de 1803, su cumpleaños, el último cumpleaños que disfrutó, fué célebre por una reunión plena de sus amigos. Mucho tiempo hacía que él esperaba esta fiesta y seguía con entusiástico interés el progreso de los preparativos; pero cuando el día llegó, la tensión de la espera, la excitación demasiado grande, parecieron sobrepasar sus fuerzas. Intentó tener un aire jovial, pero el tumulto de una sociedad numerosa le turbó e inquietó, y su alegría era visiblemente forzada. El primer sentido de placer real que experimentó pareció venirle á la tarde, después que los invitados habían partido, en el momento en que se desvestía en su gabinete de trabajo. Kant habló entonces con el mayor gusto de los regalos que haría en aquella ocasión, como es costumbre, á sus servidores; porque el eminente filósofo nunca estaba alegre si no veía en torno suyo alegres á los demás. Era gran donador de regalos, pero al mismo tiempo no soportaba el efec-

to teatral preparado, las formalidades de congratulación, el *pathos* sentimental con que se ofrece en Alemania los presentes del día de nacimiento. En todo esto su gusto masculino descubría algo de ridículo é insulso.

Había llegado el Estío de 1803, y, visitando á Kant un día, quedé aterrado cuando me rogó, en el más serio tono, que allegase los fondos necesarios para un largo viaje al extranjero. Yo no me opuse, pero le pregunté las razones de proyecto semejante. Alegóme los horribles sufrimientos que en el estómago experimentaba y que soportar no podía. Conociendo la sugestión que en Kant había ejercido siempre una cita de poeta latino, repliqué simplemente: *Post equitem sedet atra cura*, y por el momento no dije más. Mas la sinceridad afectuosa y patética con que no cesaba de implorar la llegada del buen tiempo hizo que yo me preguntase si no convenía ceder á sus deseos, al menos en parte. Le propuse, pues, una pequeña excursión al cotaje que habíamos visitado el año anterior. «Donde queráis (dijo él), con tal que sea bastante lejos.» Hacia el fin de Junio, pues, pusimos por obra su deseo. Al subir al carruaje, la orden de Kant fué: «¡A

gran distancia, á gran distancia! ¡Sobre todo, vayamos muy lejos!» Mas apenas hubimos alcanzado las puertas de la ciudad; ya el viaje le parecía haber durado demasiado tiempo. Llegados á la quinta, encontramos el café que nos esperaba. Pero ni aun quiso tomarse el trabajo de beberlo antes de volver á pedir el carruaje, y el viaje de regreso le pareció insoportablemente largo, aunque no nos llevase más de veinte minutos. No cesaba de exclamar: «¿Esto no acabará nunca?» Su júbilo fué grande cuando se encontró en su gabinete de trabajo, desnudo y en el lecho. Y aquella noche durmió en paz y vióse libre por una vez de la persecución de los sueños.

Poco después comenzó de nuevo á hablar de excursiones, de viajes á países lejanos, por lo cual varias veces recomenzamos nuestro paseo. Y aunque las circunstancias fuesen siempre las mismas y terminasen por una contrariedad del placer inmediato que había anticipado, no obstante, sin duda alguna fueron sumamente favorables para la salud de su espíritu. En particular la quinta misma, abrigada bajo grandes olmos, al pie de los cuales se extendía un valle solitario y silencioso, en el que se precipitaba un torrente cuya so-

noridad era agradable al oído, proporcionó algunas veces vivos gozos á Kant en calmados días de sol. Y uno de ellos, bajo circunstancias accidentales de nubes pasajeras, de claridad, aquel pequeño paisaje pastoral despertó súbitamente en él el recuerdo vivaz, desde hacía algún tiempo adormecido, de una divina mañana de verano que había pasado en un bosque junto á las márgenes de un arroyuelo que atravesaba el parque de uno de sus antiguos y queridos amigos, el general Lossow. La fuerza de esta impresión fué tal, que revivía aquella mañana, que pensaba como había pensado entonces y que conversaba con amigos muy queridos que ya no eran.

Su última excursión realizóse en el mes de Agosto de este año de 1803, no á mi posesión, sino al jardín de un amigo. Este día manifestó gran impaciencia. Se había convenido en que encontraría allí á un viejo camarada y que yo, con otros señores, le acompañaría. Sucedió que nuestra tropa llegó la primera y que hubimos de esperar, aunque sólo algunos minutos. Tal era, sin embargo, la debilidad de Kant y su total carencia de capacidad para estimar la duración del tiempo, que después de haber esperado algunos minutos se figuró que

habían transcurrido algunas horas, tanto que no contaba ya con su amigo. Lleno de esta convicción, quiso marcharse, con gran turbación en el espíritu. Y así terminaron los viajes de Kant en este mundo.

Al comenzar el Otoño la visión de su ojo derecho comenzó á debilitarse. Tiempo hacía que había perdido el uso del izquierdo. Y es de notar que por mera casualidad había él descubierto esta primera y antigua dolencia. Habiéndose sentado un día para reposar en el curso de un paseo, tuvo la idea de ensayar la fuerza relativa de sus ojos. Pero, sacando un periódico que tenía en el bolsillo, sorprendióse al reconocer que no podía distinguir una sola letra con el ojo izquierdo. Otras veces había tenido notables accidentes en los ojos: una de ellas, á la vuelta de un paseo, había visto los objetos dobles durante mucho tiempo; otras dos veces había quedado ciego de pronto. ¿Fueron estos accidentes anormales? Lo abandono á la decisión de los oculistas. Lo cierto es que alarmaron muy poco á Kant, quien, desde que la vejez hubo abatido el poder de sus facultades, vivía en un constante estado de preparación estoica para lo peor que le pudiera acontecer. Yo quedé aterrado al pensar el grado en que se agra-

varía su sentimiento de impotencia si perdía totalmente la vista. Ya leía y escribía con gran dificultad, y lo que escribía no era más legible que lo que cualquiera puede entretenerse en garrapatear con los ojos cerrados. Sus antiguos hábitos de trabajo solitario hacían que no experimentase ningún placer en oír leer en alta voz, y todos los días me producía angustia el acento patético con que me imploraba que le hiciese fabricar lentes propios para la lectura. Yo intentaba todo lo que mi propia ciencia óptica podía sugerirme, é hice se buscasen los mejores ópticos, que trajeron sus lentes y los modificaron con arreglo á sus indicaciones. Mas todo fué en vano.

Durante este último año de su vida Kant tuvo mucha repugnancia á recibir visitas de extranjeros, y excepto en circunstancias particulares se negó totalmente á ellas. No obstante, cuando algunos viajeros se habían alejado considerablemente de su ruta por venir á verle, confieso que no sabía qué partido tomar. Negar con demasiada obstinación parecía envolver el deseo de atribuirme á mí mismo la importancia. Debo, por otra parte, reconocer que, á pesar de algunos ejemplos de inoportunidad y de expresión grosera de una curiosidad de

bajo vuelo, noté generalmente en todos los rangos de la sociedad una sensibilidad muy delicada para la condición del viejo recluso. Los visitantes hacían de ordinario pasar su tarjeta, declarando que no deseaban satisfacer su envío si había de atormentar al ilustre enfermo. El hecho es que estas visitas le atormentaban infinitamente. Experimentaba muy al vivo que era una degradación exhibirse en su estado de impotencia, y tenía conciencia clara de su incapacidad para responder convenientemente á la atención que con él se tenía. Algunos visitantes, sin embargo, fueron introducidos según el acaso y el estado accidental del espíritu de Kant en el momento de la visita. Uno de ellos, que recuerdo haber recibido con particular placer, fué Otto, el que firmó el tratado de paz francoinglesa con el actual lord Liverpool (entonces lord Hawkersburg). Un joven ruso también me viene á la memoria por el entusiasmo excesivo y creo que sin afectación de que dió testimonio. Cuando se le hizo entrar avanzó rápidamente, cogió las dos manos de Kant y las besó. Kant, que por haber vivido mucho entre amigos ingleses había adquirido una buena parte de reserva y de dignidad inglesas, y detestaba toda actitud teatral, pa-

reció un poco asustado y quedó muy mucho embarazado ante esta manera de saludo. No obstante, la manifestación de aquel joven correspondía, á lo que entiendo, á sentimientos sinceros, porque á la mañana siguiente volvió de nuevo, se informó de la salud de Kant, se mostró muy ansioso de saber si la vejez le era pesada, y por encima de todo pidió se le diese un recuerdo del grande hombre. Por casualidad el doméstico había descubierto un corto fragmento raspado del manuscrito original de la *Antropología* de Kant. Con mi sanción lo dió al ruso, que tomó el papel con transporte, lo besó y entregó al doméstico el único rublo que sobre él tenía. Luego, pensando que no era bastante, sacó su vestido y su chaleco y obligó á aquel hombre á aceptarlos. Kant, cuya natural sencillez de carácter le hacía poco propicio á la simpatía por las extravagancias sentimentales, no pudo, con todo, dejar de sonreír cuando se le contó este ejemplo de candidez y de entusiasmo en su joven admirador.